

## Nobleza de nacimiento y nobleza adquirida: eco de una controversia en el teatro de Mira de Amescua

Antonio Muñoz Palomares  
I.E.S. Ángel Ganivet

Desde los presupuestos de la Historia social, la literatura, en general, se ha convertido en un magnífico aliado del historiador, aunque es obvio que no en la única fuente de investigación, pues de otro modo resultaría un estudio incompleto, parcial y lleno de tópicos. Pero, como sostiene Maravall, el estudio de los textos literarios puede llegar a adquirir carta de naturaleza propia y convertirse en un gran filón, en una material casi imprescindible para la «reconstrucción» de la realidad histórica. La literatura, ciertamente, no es retrato, pero sí testimonio en el que se refleja una imagen mental de la sociedad, entendida como un conjunto de creencias, valoraciones, aspiraciones, pretensiones que se reconocen en dicha sociedad<sup>1</sup>. Tomar la literatura como testimonio elemental, como reflejo de la realidad social vivida, supone descifrar las significaciones latentes de un tipo de discurso, tan complejo y cargado de prejuicios, como es el discurso literario. Será necesario, pues, compararlo con otras pruebas documentales, ya que puede encontrarse en aparente y total contraste con el sistema de convenciones de la época<sup>2</sup>.

No hemos de olvidar, por otro lado, la estrecha vinculación que se establece entre literatura y sociedad y, en el siglo XVII, entre literatura y nobleza: una clase ésta numéricamente reducida pero que aportó un gran número de escritores, si hacemos excepción de los eclesiásticos<sup>3</sup> se acumulaban todas las oportunidades, y aquel que no poseía dotes poéticas, tenía la posibilidad de disfrutar de una buena biblioteca, se codeaba con gente instruida, sufragaba los gastos de alguna edición o reunía en su casa a la gente de letras más ilustre<sup>4</sup>. Su especial orden jurídico y político, dentro del altísimo grado de jerarquización en el que se incardinaban los distintos grupos de poder en la sociedad del Antiguo Régimen, le hizo colocarse, ya desde su origen, por encima de la mayoría, que veía en ella un modelo al que aspiraban imitar los demás ciudadanos.

El teatro en el siglo XVII, además de una fábrica de sueños, fue un medio utilísimo para proyectar en él la imagen ideal de una clase, la noble, a todas luces incompatible con la vulgaridad, como dice Díez Borque, y depositaria de una serie de valores y excelsas virtudes; una clase que logró imponer al resto de la sociedad su propia noción de la vida, su misma idea de jerarquía o su concepto de honor, que, por otro lado, tantos conflictos creó.

Nos parece que la mirada dramática de Mira tiene algo de «aristocrática»; su comedia refleja una preferencia por los ambientes palaciegos donde se desarrollan las intrigas, tal

---

<sup>1</sup> Para ver la importancia que Maravall concede al hecho literario, aparte evidentemente de sus obras, puede consultarse el artículo de Gómez-Marín, «Maravall y el hecho literario», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 477-78, marzo-abril, 1990, pp. 169-76.

<sup>2</sup> Véase Vovelle, Michel, *Ideologías y mentalidades*, Ariel, Barcelona, 1985, especialmente el capítulo segundo titulado «Pertinencia y ambigüedad del testimonio literario».

<sup>3</sup> J. Estruch Tobella («La situación social del escritor en la España del siglo XVII», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 477-478, marzo-abril, 1990, pp. 337-347) ha establecido un cuadro porcentual de los orígenes socio-familiares y la situación socio-profesional de los escritores de esta época. De los resultados se desprende que la baja nobleza supone casi la mitad del total (46,2%), la aristocracia, un 2,9%, por lo que respecta al origen.

<sup>4</sup> Por citar tan sólo una academia literaria, cabe mencionar la de los Granada Venegas, en la capital de la Alhambra, a la que asistían, entre otros, el cordobés Barahona de Soto y Hernando de Acuña; esta Academia se prolongó en el siglo XVII con el nombre de *Academia de Santiago*, en donde tomó parte Pedro de Espinosa. Para la genealogía de los Granada Venegas, puede consultarse *Heráldica y genealogías granadinas*, de M<sup>a</sup> Angustias Moreno Olmedo, Universidad de Granada, 1976, pp. 63-67.

vez porque encontró en la nobleza un estupendo recurso didáctico para poner en escena las virtudes que debían ser imitadas y los vicios que debían ser fustigados.

En esta dirección, sirvan las líneas que siguen como apuntes indicadores de una realidad social e histórica del siglo XVII español y que el teatro del dramaturgo accitano, que nos sirve de fuente, trata de reflejar.

\* \* \*

Un rasgo esencial de la nobleza es el de su nacimiento; ser noble es fundamentalmente haber nacido de familia noble, cuyos ascendientes se remontan a generaciones y generaciones anteriores, porque, como declara un personaje de una de las comedias de Mira:

sin duda ninguna  
superior es la grandeza  
que da la naturaleza  
a la que da la fortuna.  
(No hay dicha ni desdicha hasta la muerte, p. 43c)<sup>5</sup>

Para reconocerle a un noble la prerrogativa de tal se le exigía una prueba de la nobleza de su nacimiento<sup>6</sup>, mediante documentos escritos que acreditasen la antigüedad del título. De ahí que todas las familias del alto estamento se dispusieran a probar que sus orígenes se entroncaban con los mismos godos, o más allá todavía, con altos personajes de la antigüedad y hasta, como dice Domínguez Ortiz, con el mismo Adán. Pero a la hora de la verdad, la mayoría de las familias nobles de la España del XVII no pudo remontarse, con documentos auténticos, ni siquiera a la Baja Edad Media<sup>7</sup>.

Mira se burla también de esta moda de buscar ancestros remotos. Barlovento le recomienda a su amo, que se presenta ante la reina a la que quiere conquistar, que, en vez de referir sus orígenes humildes

Refiere una letanía  
de los varones más claros,  
y di que son tus abuelos;  
que este es el uso ordinario  
de estos tiempos. Di que Adán  
un hijo tuvo bastardo,  
que se llamó Faraón,  
y éste fue padre de Caco.  
Caco engendró al Tamorlán...  
Llama primos a los duques.  
¿Quién te ha de ir averiguando

---

<sup>5</sup> Para esta obra y para *Obligar contra su sangre* y *La rueda de la Fortuna*, citamos por la edición de Mesonero Romanos, *Dramaturgos contemporáneos de Lope de Vega, II*, BAE, 45. La letra indica la columna.

<sup>6</sup> La hipersensibilización en que cayeron las gentes del Siglo de Oro, en lo tocante a los linajes, repercutió en un proceso de automatización grotesca al pretender que se probaba toda hidalguía procedente de la Montaña. No faltan las mofas y buras de algunos escritores respecto a este procedimiento. Véase, por ejemplo, Vélez de Guevara (*El diablo cojuelo*, Cádiz, 1984, p. 110) o Quevedo (*La hora de todos y la fortuna con seso*, Castalia, 1975, p. 74).

<sup>7</sup> Domínguez Ortiz, A., *La sociedad española en el siglo XVII*, Col. *Archivum* de la Universidad de Granada, edición facsímil, 1992, Vol. I, p.163. De esa tendencia a remontar la nobleza a nuestro padre Adán da cuenta, incluso, el refranero (*Refranero general* de L. Martínez Kleiser, nº 45622 y 45623); el mismo Zabaleta (*Día de fiesta por la mañana*, Ed. Castalia, 1983, pp. 266 y 267) y Vélez de Guevara (*El diablo cojuelo*, cit. pp. 97-98) nos ofrecen comentarios muy jugosos al respecto, no exentos de un tono burlón evidente.

curiosamente las líneas,  
si muestras pintado un árbol  
con ramos y laberintos  
que no entienda un boticario?  
Alábate como todos.

(El palacio confuso, vv. 438-462)

La discusión entre la nobleza heredada y la nobleza adquirida fue un tema que ocupó a los tratadistas del Siglo de Oro y fue uno de los asuntos literarios más recurrentes en los textos de los siglos XVI y XVII. Viene a resumirse en dos principios o teorías básicas: de un lado, la consideración de la nobleza, como estamento, que hace de ella un coto cerrado para la descendencia de cierto número de familias privilegiadas, que iban transmitiendo de padres a hijos las virtudes de los antepasados; y, en segundo lugar, la idea de la nobleza como una cualidad natural que distingue a ciertos hombres, independientemente de su nacimiento, y los eleva por encima de los demás como el grupo de los más capaces de gobernar<sup>8</sup>. Dos concepciones que se mezclaron en la práctica y crearon variados matices, a veces, incluso, contradictorios. Pero ni los defensores de una u otra idea se atrevían a rechazar expresamente la contraria.

En el teatro sangre y nobleza solían identificarse. Es la sangre, por ejemplo, la que les sirve a los segundones para reivindicar la misma nobleza que la del primogénito. Don Gonzalo, el hijo menor de Ramiro, personajes de la comedia *El caballero sin nombre*, reclama de su hermano la misma honra, valor y nobleza que él:

...Pero fuiste el postrero,  
aunque primero en hacienda,  
que no porque me ganaste  
la mano en nacer llevaste  
el valor con que me quedo,  
que yo, Sancho, la honra heredo  
si tú la hacienda heredaste.  
Nuestro padre es noble y rico,  
y de su hacienda y valor  
dos mayoraos publico:  
de la honra es el mayor  
y de la hacienda el más chico.

(vv. 34-45)

Y a su padre:

Y como no estimo aqueso  
por más rico le confieso,  
no por más noble o mejor.

(vv. 100-102)

Sin embargo, ser segundón era tenido como una desgracia. Así lo reconocen personajes como Lope,

Hijo segundo soy, aun es mi vida

---

<sup>8</sup> Véase Domínguez Ortiz, A., *La sociedad española del siglo XVII*, cit., Vol. I, capítulo VII, especialmente pp. 311-13 y 322.

en extremo notable desdichada.  
(Próspera de don Bernardo de Cabrera, vv. 9-10)

Enrique,

Yo soy segundo en mi casa  
y tan pobre caballero  
que, en vano, de España espero  
más favor.

(Amor, ingenio y mujer, vv. 151-54)

Estos segundones acuden animados a la corte a ganar la honra y fama que la segundogenitura les ha vedado. Dice, por ejemplo, don Bernardo:

Yo soy un catalán<sup>9</sup> que, deseoso,  
[de] que Tu Majestad servir le mande  
en alguna ocasión, aquí he venido...  
...Pienso

que ya Tu majestad tiene noticia  
de los muchos servicios que mi padre  
al rey, que en gloria esté, hizo...

Y suplico  
a Tu Majestad nos honre  
en servirse de mí, si le parece  
que mi intención y sangre lo merecen.

(Próspera de don Bernardo, vv. 300-312)

Asimismo, se aduce la sangre para destacar la nobleza de la casa familiar, la grandeza de la estirpe, que, incluso, se hace descender de sangre real. La joven doña Inés comparece ante la noble Isabel de la comedia *Lo que puede una sospecha* con estas cartas de presentación:

Soy de don Carlos hermana  
cuya estirpe soberana  
debo a la casa real.

(vv. 30-32)

Y la reina amonesta a una joven dama por hacer públicos sus amores

¿Son propias acciones esas  
de quien la sangre ha heredado  
de reyes que han coronado  
sus escudos de leones?  
¿Cuándo a villanas pasiones  
se abatió cual mariposa  
el águila caudalosa

---

<sup>9</sup> El caso de la nobleza catalana era singular. Si los hidalgos del norte se habían resignado a vivir casi como sus convecinos plebeyos, o bien marcharon a Castilla y a los países del Imperio a navegar, comerciar o ejercer oficios de guerra y paz, los caballeros catalanes no mostraron ninguna afición a salir de su tierra. Salvo excepciones no los encontramos ni en las Indias, ni en los tercios de Flandes, ni en los puestos burocráticos de la corte; tan solo la alta nobleza, que ni fue apartada de los cargos de importancia ni fue contraria al monarca, pudo acceder a obtener cargos estatales. Véase Domínguez Ortiz, ob. cit. p. 307.

coronada de blasones?  
(No hay dicha ni desdicha hasta la muerte, p. 45c)<sup>10</sup>

La antigüedad enaltece el valor de la sangre. Así, el hidalgo Porcelos, al presentarse al rey Orduño por el que ha tomado partido, dice

Don Diego Porcelos soy,  
un hidalgo de Castilla,  
que a tu servicio real  
viene ofreciendo la vida...  
Este nombre, este apellido,  
de española sangre antigua  
Fénix es en mí.  
(No hay dicha ni desdicha hasta la muerte, p. 40b)

Uno de los padrinos del bautizo del príncipe don Enrique es presentado como

Don Alonso Enríquez...  
.....sangre antigua  
del mismo rey, gran señor  
y Almirante de Castilla.  
(Adversa de don Álvaro, escena 1ª, Jornada 1ª, vv. 44-46)

La condición y sangre del padre es garantía de la nobleza del hijo. Don Felipe, el hijo del duque de Cardona, reconoce que

Su hijo soy, que su valor me abona  
y en su sangre y nobleza me confirma,  
la mía de su pecho la recibe.  
(La adúltera virtuosa, vv. 293-295)

Y Pedro, avergonzado y confundido por haber renegado de su familia y de su fe, se arrepiente compungido proclamando:

...Sepa el mundo  
que noble Ramírez fui  
y que en la corte nací  
del gran Felipe segundo.  
(El mártir de Madrid, vv. 2732-2735)

Y Gonzalo declara

Altamirano es mi nombre  
y por aqueso alto miro.<sup>11</sup>  
(El caballero sin nombre, vv. 113-114)

De la nobleza y clase de una dama dice Garcerán:

---

<sup>10</sup> Se pueden encontrar otros ejemplos en *Cautela contra cautela* (edición de Hartzenbusch, B.A.E. nº 5, p. 508c), *Amor ingenio y mujer* (vv. 439-42).

<sup>11</sup> Para la genealogía de este apellido, véase Aurora Biedma Torrecillas, «El caballero sin nombre, de Mira de Amescua: teatro desde la historia», en *Mira de Amescua encandelerado*, vol. I, Granada, 1996, pp. 159-72.

Y tan principal señora  
que de Guzmán y Fonseca  
tenía la mejor sangre.

(La Fénix de Salamanca, vv. 957-959)

Y Estrella, en El negro del mejor amo:

Como yo, siendo española,  
Portocarrero y Guevara,  
y Estrella, que por lo clara  
de sangre, al sol arrebola.

(vv. 2689-2692)

Por la obra de Mira, pues, desfila una gama muy variada de personajes nobles: duques (de Alba, de Mantua, de Atienza, de Montehermoso, de Escalona, de Gandía, de Aveiro, de Feria y Pastrana, de Cardona, los duques de Esforcia...), marqueses (de Santisteban, de Pescara...), condes (de Santorcaz, de Miranda...). Allí se presentan las familias Portocarrero, Ávalos, Montalbán, Pimentel, Meneses, Cobos, Noroñas, Acosta, Borja, López Pacheco, Alencastro, Porcelos, Garci-Velázquez de Estrada, Castro, Lara..., un sinfín de nombres que buscan hacerse un hueco en la comedia amescuana, tal vez, como procedimiento de captar la benevolencia del público o quién sabe si fue un gesto de halago a esas casas por parte de nuestro dramaturgo.

La sangre del noble atrae también la atención de la dama. La vieja Dorotea confiesa sentirse atraída por el joven Lope:

Su padre aquí me sirvió  
siendo de la reina dama,  
y así la sangre me llama,  
después que en Huesca me vio.<sup>12</sup>

(Próspera de don Bernardo. vv. 467-470)

El noble, para darse valor a sí mismo y poder vengar el agravio contra el honor, acude a su condición de noble. Don Fernando, sintiéndose agraviado en su honor por el rapto de su prometida, dice

Ya me alienta la esperanza  
de ver cobrado mi honor.  
Noble soy; denme valor  
el agravio y la venganza.

(El mártir de Madrid, vv. 873-875)

Cuando un noble da su palabra, pone como garantía su sangre de noble. Don García, agradecido por la ayuda que le ofrece su criado Laín, le da su palabra de recompensarlo: «Yo te ofrezco mi palabra por quien soy» (Obligar contra su sangre), expresión que alcanza pleno valor dentro de la ordenación estamental del XVII; con la fórmula «soy quien soy», se afirma la posesión de una calidad y de un poder sociales, se obliga a un determinado comportamiento social, a una exigencia de actuar de cierto modo, según le corresponde; porque el individuo alcanza su valor más por formar parte de un conjunto, del que derivan sus derechos y deberes, que por sus propios méritos o su singularidad

---

<sup>12</sup> Aquí la palabra «sangre» podría tener un doble sentido y referirse no sólo al linaje de la familia de don Lope, sino también a la atracción que ejerce sobre ella el joven, que le hace hervir la sangre.

como individuo<sup>13</sup>. Nos encontramos, dice Maravall «con una fórmula que resume el principio fundamental de la moral social postulada por la comedia: el reconocimiento y aceptación del encuadramiento en el orden estamental de cada uno, asumiendo los modos de comportamiento que de ello se derivan»<sup>14</sup>.

La calidad de noble es algo que se lleva dentro y no la daña el estado de pobreza en que se pueda vivir<sup>15</sup>. El joven Luis, hijo de Carlomagno y de Sevilla, nacido y criado fuera de palacio, aún desconociendo su origen, sabe «leer y escribir», rasgo distintivo de los nobles; es experto en el arte de cetrería y maneja con habilidad el arco, cualidades éstas que no corresponden a un villano, sino que forman parte de la vida y del ser noble; por eso el emperador no puede por menos que exclamar: «El rapaz es extremado; / infeliz al nacer fue» (La reina Sevilla, vv. 1316-17). La naturaleza, es decir, la sangre ha dotado al muchacho de las virtudes propias de su clase (aunque él no lo sepa); por eso, incluso, se atreve a mirar alto en el amor:

LUIS

Pues aquí donde me ve  
soy también enamorado.

CARLOMAGNO

¿Hay carboneras hermosas?

LUIS

¿Carboneras? Bueno es eso  
para mi humor...  
Pues, no pretendiendo más,  
amar a mis solas puedo  
una condesa, sin miedo  
de que se enfade jamás.

(La reina Sevilla, vv. 1318-1331)

\* \* \*

Pero la nobleza de sangre sufrió ataques desde diversos frentes: de escritores ascéticos (Fr. Diego Estella, por ejemplo), de la literatura filosófica (fr. Benito de Peñalosa o algunas apuntes de Fr. Luis de Granada), o de los comediógrafos de la época (Ruiz de Alarcón, Antonio de Solís, Lope, Vélez de Guevara, Salas Barbadillo, Matos Fragoso, entre otros)<sup>16</sup>.

A ellos podemos añadir los nombres de Torquemada (cuya ideología antinobiliaria ha sido fuertemente discutida, aunque matizada por Lina Rodríguez Cacho<sup>17</sup>), Pedro Mexía (defensor de la idea de que la nobleza adquirida por méritos personales es

---

<sup>13</sup> Véase J. A. Maravall, *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 3ª edición, 1989, p. 21.

<sup>14</sup> *Teatro y literatura en la sociedad barroca*, Ed. Crítica, Barcelona, 1990, p. 64. En la comedia *Amor, ingenio y mujer*, cuya acción transcurre en Sicilia, encontramos el ejemplo de la infanta Matilde que, educada por su padre como varón, ocultando su sexo por temor a perder la corona, y a que la ley Sálica —vigente todavía allí— negaba a las mujeres el derecho a heredar el trono, acepta libre y responsablemente continuar ocultando su identidad, atendiendo así a la cuestión política por encima de una fidelidad a la conciencia íntima. Su legítimo ser está en su ser social, al que debe guardar fidelidad, y no en su singularidad como sujeto individual.

<sup>15</sup> Los casos podrán multiplicarse: por ejemplo, el del soldado Federico (*El amparo de los hombres*) que, aunque pobre, actúa y siente como noble; el personaje don Fadrique (de *Galán, valiente y discreto*) también de ilustre genealogía, aunque empobrecido; o el de Ricardo (en *Nardo Antonio bandolero*) y otros más.

<sup>16</sup> Véase Herrero García, Miguel, «Ideología española del siglo XVII. Nobleza», *R.F.E.*, XIX, 1929, pp. 42-49). También otros ejemplos (como los de fray Antonio Guzmán, Mariana, o Juan Cortés Osorio) en Domínguez Ortiz, ob. cit. p. 321.

<sup>17</sup> *Pecados sociales y literatura satírica en el XVI. Los Coloquios de Torquemada*, Madrid, 1989, especialmente el punto 4 del capítulo V.

superior a la nobleza heredada de los antecesores<sup>18</sup>), Juan de Zabaleta (que al distinguir entre nobleza del alma y nobleza de la sangre, en líneas generales, se mostró más a favor de la primera<sup>19</sup>), o Suárez de Figueroa, entre otros, cuyas diatribas contra la nobleza son bien conocidas<sup>20</sup>.

Maravall interpreta que la discusión sobre el papel de la sangre en estos autores es una maniobra de la propia nobleza para revitalizar su posición en el sistema. Para él, todos los textos literarios que, desde *La Celestina* al *Guzmán de Alfarache*, defienden el valor de lo adquirido sobre lo heredado, no suponen una negación del sistema nobiliario, aunque se exprese en ellos una carga de protesta. «La sangre –dice– cuenta como vehículo transmisor de una pretendida superioridad de virtudes», entendiendo el término «virtud» en sentido social, de reputación mantenida ante los demás<sup>21</sup>.

Partiendo de la idea de la preeminencia de la nobleza, tal como la presenta la *Summa Nobilitatis* de Juan d'Arce Otalora (cuyo pensamiento se considera representativo de una corriente ideológica que marca fuertemente a los moralistas de la época), Chauchadis<sup>22</sup> señala que tal superioridad nace de la convicción de que la virtud se hereda de los mayores por la sangre, y consecuentemente, de la oposición a los nuevos ricos que amenazan el honor de la auténtica nobleza, de forma que la claridad de la sangre noble establece su superioridad sobre la sangre oscura y espesa de los plebeyos<sup>23</sup>. En segundo lugar, el propósito reformador de los discursos ascéticos, siempre desde el propio sistema ideológico, trata de indicar de qué modo los nobles pueden conservar su superioridad en la sociedad, advirtiéndoles sobre los abusos que ponen en peligro la supremacía de su estado. La crítica social trata, pues, de poner en guardia a aquellos que únicamente basan su nobleza en una honra de simples apariencias<sup>24</sup>. Finalmente constata Chachadis que los ataques de los moralistas arremeten contra el orgullo de los nobles que se vanaglorian de la sangre y honra recibidos de sus gloriosos antepasados, de aquellos que se precian de descender del Cid o de los godos, y no tienen en cuenta que todos los hombres tienen el mismo origen. Concluye afirmando que toda crítica a la nobleza está hecha desde una perspectiva aristocrática; dilucidar si el linaje está por encima de la virtud o al contrario, es, en definitiva, un debate cortés<sup>25</sup>.

No es ajeno Mira a esta polémica y muy posiblemente no ande alejado de aquellos que veían en la virtud un medio de conseguir, mediante el esfuerzo y valor, la condición de noble, pero sin desdeñar la calidad de la herencia, pues la nobleza de los hechos también se hereda de los mayores:

D. GARCÍA

¡Y yo, que en mi nobleza resplandecen

---

<sup>18</sup> *Silva de varia lección*, Cátedra, 1989. Véase en concreto el tomo I, pp. 770-780.

<sup>19</sup> Véase *Día de fiesta por la mañana*, cit. pp. 263-72. En varias ocasiones censuró Zabaleta a los que presumían que su linaje era suficiente para asegurarles la salvación; pero la nobleza, dice, no es garantía para la otra vida; «la virtud es atributo mejor que la nobleza de la sangre». Pero en el *Error XXVI*, Zabaleta censura a Bión por sus orígenes humildes, defendiendo la superioridad de los que nacen nobles. Se trata de una discrepancia que muestra que el autor, a pesar de mostrarse partidario de la virtud por encima del linaje, no pudo superar los prejuicios propios de su época (*Errores celebrados*, Clásicos castellanos, Madrid, 1972, pp. 133-38).

<sup>20</sup> Para Figueroa los nobles son fuentes de males y son considerados soberbios, golosos, sensuales, desenfrenados, iracundos, gozadores de los bienes de este mundo, que dan en herencia a otros como ellos, gente que se aprovecha de los pobres...; por eso sólo es noble el virtuoso, con independencia de su nacimiento. Véase *El pasajero*, Bibliófilos españoles, Madrid, 1914, pp. 286-89 y 484.

<sup>21</sup> Maravall, J.A., *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, citada, pp. 44-54.

<sup>22</sup> Chauchadis, Claude, *Honneur, morale et société dans l'Espagne de Philippe II*, Paris, Centre nationale de la Recherche Scientifique, 1984; véase especialmente los epígrafes 1 y 2 del capítulo IV.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 113.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 121.



los hechos que heredé de mis mayores...  
(Obligar contra su sangre, p. 66c)

La reivindicación de la nobleza, nacida de los propios méritos es el sentido que podría deducirse de la acción que se origina cuando Carlos, un desconocido, se presenta en palacio a pretender a la reina, reclamando un puesto entre los nobles, gracias a sus propios méritos:

CARLOS

No soy necio ni porfío  
el lugar, que es noble es mío;  
si este es noble, aquí he de estar.  
Cualquier soldado adquirió  
nobleza y blasón honrado (...)  
Hijos de sus obras son  
los hombres más principales,  
y con ser mis obras tales  
hoy no quiero ese blasón.  
Hijo de mis pensamientos  
soy agora, y noble tanto,  
que hasta los cielos levanto  
máquinas sobre los vientos.  
El valor los nobles hace,  
y así, por examen, sobra  
mirar cómo el hombre obra  
y no mirar cómo nace.

(El palacio confuso, vv. 214-232)

Pero esta reivindicación de nobleza por méritos propios, derivados de sus hechos, podría tener una doble lectura. De principio podríamos admitir la inclinación de Mira a defender la ascensión social, en el escalafón de la nobleza, por merecimientos personales. Así, Carlos consigue ser monarca de Sicilia, por sus hazañas guerreras, pero también por su arrogancia, su constancia para obtener esa dignidad y, por supuesto, por el amor que la reina le profesa. Pero, tal vez, esto sólo sea un disimulado deseo de igualdad que plantea el autor, de forma teatral, porque, a la postre, ese caballero desconocido, resulta ser el hijo del rey Eduardo, que había mandado arrojarlo al mar para que no se cumpliera el vaticinio de las estrellas de que sería un tirano.

Sus actuaciones, favoreciendo al pueblo en perjuicio de la nobleza, no responden necesariamente a un espíritu democrático; son un mecanismo teatral indispensable para que la reina y los nobles, ante los desafueros cometidos, intenten abortar lo que podría ser el acceso al poder de un villano digno por su valor y méritos. En el fondo no es más que un modo de confirmar los privilegios de la nobleza: lo que externamente podría ser una justa reclamación de orden natural, se convierte en un juego teatral para atraer la atención de los espectadores, que verían cómo alguien no noble aspira a igualarse con esta clase. Y como el desconocido resulta ser hijo de rey, pues la cruz que lleva en el pecho lo confirma «por legítimo heredero / deste reino», quedan intactos los cimientos del poder absoluto del rey y la sociedad estamental, confirmando y difundiendo, así, la obra los valores tradicionales y la idea de que el monarca siempre está por encima de la nobleza.

Con ser esto así, creemos, sin embargo, que hay un doble juego por parte de Mira: por un lado propaga y defiende los valores de un estado monárquico-señorial, pero por otro está arremetiendo contra toda acción tiránica de poder. Y este no es un caso aislado. Mira no aprueba de los príncipes ni de los nobles comportamientos en desacuerdo con su condición. Pero esto tampoco era algo novedoso ni original en Mira, pues nadie teóricamente, por muy afecto que fuera al sistema estamental y monárquico, aceptaba la tiranía proveniente de los nobles. Por eso, la nobleza se podría perder por malas obras:

Don Pedro vive tan mal  
que es mengua llamarle hijo  
de un hombre tan principal.

(El mártir de Madrid, vv. 126-128)

El caso de Carlos nos sirve de punto de partida para comprobar cómo la nobleza (al menos en la conciencia del individuo) se puede alcanzar mediante hechos heroicos. La historia y el teatro, dice Herrero García, están llenos de ejemplos de guerreros que, desde los campos de batalla (Flandes, Italia, América) venían a la corte en busca de un hábito. Aquellos que no podían conseguir la hidalguía por otros medios, se lanzaron a conquistarla con la espada, pues las interminables guerras del XVII dieron ocasión a no pocos de ennoblecer su apellido y su casa con sus proezas. Aseguraba Jerónimo de Urrea que los héroes antiguos «siendo no más nobles que yo, subieron por la espada y fuerza de sus brazos a grandes dignidades y honores» y lo corrobora Sancho de Londoño cuando escribe que las armas permiten «ganar libertad y nobleza»<sup>26</sup>. Los castellanos del XVI, llenos de ideales, estaban convencidos de que alistarse en la guerra, en una profesión tan distinguida, los posibilitaba a encumbrarse, por muy humildes que fueran, a puestos de un nivel estamental superior, a través del mérito de sus hazañas en los campos de batalla europeos.

Bien es verdad que desde finales del XVI parece decaer este interés por la milicia; y ello estuvo condicionado por la actitud de la nobleza que empieza a desembarazarse de una actividad, la guerrera, que había sido su razón de ser y que ahora toma como costumbre negarse a las llamadas del monarca, hecho que Suárez de Figueroa denuncia con acritud: «Si les tratan de servir a su rey con hacienda y persona, tuercen el rostro y estrechan el ánimo, alegando corta salud y largo empeño. O responde el que se precia de ser más adelantado no ser posible salir a la guerra sin plaza de general, por desdecir de quien es servir en puesto menor»<sup>27</sup>.

Los nobles, titulados o no, preferían los placeres de la corte a las armas, pues sabían que disponían de otros medios para promocionarse sin tener que arriesgar su vida en los campos de batalla. Pero aquellos que se mostraban impacientes por adquirir carta de hidalguía, se lanzaban a la guerra en busca de honores.

Muestras hay en la comedia de Mira de capitanes y generales que alcanzan su mayor honor y prestigio en el frente y son recompensados larga y generosamente por el rey (Sísara en *El clavo de Jael*, Porcelos en *No hay dicha ni desdicha hasta la muerte*, don Bernardo de Cabrera y don Lope, Belisario en *El ejemplo mayor de la desdicha*, por citar tan sólo unos ejemplos), prebendas que se concretan en títulos como el de conde, marqués, chanciller y juez, mayordomo mayor, almirante..., aparte de espléndidas rentas anuales y concesión de hábitos.

Cuatro títulos le han dado,

<sup>26</sup> Puddu, R., *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*, Barcelona, 1984, pp. 151-

52. Recogido en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, Ediciones Temas de Hoy, 2ª edic., Madrid, 1995, p. 293.

<sup>27</sup> Domínguez Ortiz, A., *La sociedad española...*, cit., p. 320.

y en palacio tres oficios,  
y la encomienda mayor,  
y hoy es el hombre más rico  
que en Zaragoza conocen.

(Adversa fortuna de don Bernardo, vv. 33-36)

resume don Lope al comienzo de la segunda parte de la biología de don Bernardo de Cabrera, en alusión a la magnanimidad que había tenido el rey para con su valido. Al noble no le faltaban, pues, causas por las que luchar sirviendo al rey, como le dice don Álvaro a su hijo:

Tú eres noble; tú naciste  
con obligaciones tantas..  
¿Faltan a tu rey fronteras  
donde le sirvas? ¿Qué esperas,  
valiente, en tu misma calle...  
.... a sombra de banderas  
del gran Filipo? ¡Y por él  
debe el vasallo fiel  
morir!

(El mártir de Madrid, vv.56 y ss.)

Una de las vías de búsqueda de fortuna era acudir a la corte a cobrar fama o aventurarse en los campos europeos para conquistar honores de guerra:

#### D. PORCELOS

Ya que en Castilla nacimos,  
y ha sido nuestra intención  
servir al rey de León,  
pues hijos segundos fuimos  
en nuestras casas...

(No hay dicha ni desdicha... p. 39a)

Y don Gonzalo se marcha a la guerra a ganar su honra:

Y así el valor me destierra  
donde con hartas ventajas  
le ganaré por la guerra. (...)  
Partirme a la guerra quiero  
donde pienso ganar honra  
por mi brazo y por mi acero

(El caballero sin nombre, vv. 115-17 y 144-46)

En su camino hacia Burgos donde iba a celebrarse la coronación del rey Alfonso VI, sucesor del rey Sancho, muerto a manos de Vellido Dolfos, encuentra a doña Blanca, hermanastra del rey Alfonso, dormida a la sombra junto a una fuente, y se prenda de su belleza. Pero el criado, socarrón, le recomienda que se deje de amores que lo harán desdichado y no le darán honra, pues, dice, «Las armas dan calidad, / mas el amor honra poco» (vv. 940-41).

Al final, como resultas de su valor y de sus hazañas, el caballero recibirá tres cabezas coronadas en campo azul, además del apellido Cabezas, en honor de su heroísmo. Se le nombra adelantado y conde de Medellín por el derecho del rey a conceder títulos a aquellas personas destacadas por méritos militares:

REY

Vuestras armas desde hoy sean  
tres cabezas coronadas  
en campo azul, porque tenga  
noticia de aquesta hazaña  
el mundo todo con vellas.  
Y desde hoy os llamaréis  
Altamirano y Cabezas.

(vv. 3182-88)

Italia y Flandes<sup>28</sup> eran los lugares elegidos por la nobleza para participar en los hechos de guerra,

NARDO ANT.

¿Por qué la nobleza, amigos,  
ha de tener a sus plantas  
a los que nacimos pobres?  
Salgamos a la campaña  
y ganemos nombre eterno;  
conquistemos, si os agrada,  
las provincias más remotas,  
veréis si valor me falta (...)  
(Nardo A bandolero, p. 9a)

No han de decirme otra vez  
en Nápoles, cara a cara,  
que desmerezco por pobre  
lo que otros por ricos ganan... (p. 9b)

Al virrey escribiré  
me deje a Flandes pasar,  
donde al rey podrá importar  
la gente que llevaré. (19b)

D. GARCERÁN

Irme a Flandes  
con un entretenimiento  
y entre tanto hacer sientto  
con uno de aquestos grandes...  
Con el de Pastrana o Feria  
pienso tratallo mañana.  
(La Fénix de Salamanca, vv. 349-358)

---

<sup>28</sup>

Al preguntarle a un español adónde se dirigía, respondió que a Francia, y «que de allí pasará a Flandes a desenjar los jueces y desquitar su opinión sirviendo a su rey, porque los españoles no sabían servir a otra persona en saliendo de su tierra» (Quevedo, *La hora de todos y la fortuna con seso*, citado, p. 144).

[a] aquesta corte he venido  
a pretender por la guerra,  
para que en Italia o Flandes,  
si se rompieren las treguas,  
acabe con mis desdichas  
una pistola francesa.<sup>29</sup>

(La Fénix de Salamanca, vv. 1043-48)

Pero interesa destacar que en Mira no sólo son los hijos segundos o los nobles venidos a menos los únicos que pueden «ennoblecerse» gracias a sus méritos de guerra. El caso del pastor David es también significativo, pues tan sólo por el valor demostrado en los combates consigue casarse con la hija del rey Saúl, pese a las intenciones del padre de matarlo:

SAÚL

Levanta y dale tu mano  
a Micol, que bien merece  
ser yerno de un rey el hombre  
que tales gigantes vence.

(Arpa de David, vv. 1605-1608)

Pero también merecen destacarse los casos de Carlos (protagonista de El palacio confuso) o el de Luis, hijo de Carlomagno (Los carboneros de Francia y Reina Sevilla) o el de Heraclio (La rueda de la Fortuna). Los tres tienen nexos comunes: los tres fueron alejados de palacio, los tres desconocen sus orígenes, y los tres sienten la fuerza de la sangre.

Por lo que se refiere al primero –abandonado por el padre, como antes hemos indicado, porque las estrellas habían predicho que sería un tirano, recogido por un pescador y criado por él– pronto dio muestras de su inclinación a la guerra; instintivamente se alistó en las filas del rey Eduardo al que sirvió y en las que se forjó como gran soldado:

CARLOS

Seguí con ánimo noble  
las banderas de Eduardo  
cuando en la fértil Calabria  
venció a los napolitanos.  
El primero fui, el primero  
que en el muro de Casano,  
trepando por una pica,  
un tafetán encarnado  
por bandera tremolé  
la victoria...

(El palacio confuso, vv. 321-336)

---

<sup>29</sup> La larga rivalidad entre los reinos de España y Francia estuvieron jalonadas por sucesivas treguas poco sólidas. La paz la establecieron Enrique IV y Felipe II en Vervins, en 1598, pero este cese de hostilidades no impidió que ambas naciones dejaran de entrometerse en los asuntos internos y externos de la otra. Véase Jorge E. Taracido «The date of composition of Mira de Amescua's *La fénix de Salamanca*», que se basa en datos y personajes históricos para fechar la obra.

Tan valeroso guerrero debía tener su recompensa; la reina se siente inmediatamente inclinada hacia el joven y consigue coronarse rey. No importa que luego se reconozca heredero legítimo de la corona; lo que aquí interesa destacar es que el joven, desconocedor de su origen real, se siente capacitado para lograr puestos más altos, para medrar socialmente, teniendo como aval sus méritos de guerra.

Igual ocurre en La reina Sevilla. Luis, el hijo de Carlomagno y la reina Sevilla, desconoce también su alcurnia. Criado entre los villanos, desprecia el trabajo de carbonero que se ve obligado a hacer porque sus miras son más altas:

LUIS

¡Arre, burra! De un ladrón,  
con la carga te has echado;  
nunca topes verde prado.  
¡Vén gate mi maldición!  
¡Arre! ¡que con este afán  
viva un hombre en esta tierra,  
pudiendo ser en la guerra  
michilero o capitán!

(La reina Sevilla, vv. 1216-1223)<sup>30</sup>

Estamos ante un carbonero que siente la fuerza de la sangre y las ganas de elevarse socialmente:

LUIS

No soy (si pobre nací)  
de los que viven aquí  
como unos brutos contentos.  
Esfera mayor alcanza  
(aunque carbonero soy),  
mi espíritu y, mientras doy  
principio a tal esperanza,  
en los montes me entretengo  
viendo que mi patria son,  
aunque a vender el carbón  
a la corte voy y vengo.

CARLOMAGNO

¿Y tú no ves que es locura  
entregarse a devaneos?  
¿Qué importan altos deseos,  
si teniendo sangre oscura,  
eres pobre?

LUIS

Yo leí  
historias de hombres que fueron  
príncipes, aunque nacieron

---

<sup>30</sup> En la comedia *La hija de Carlos V* encontramos un caso en que el soldado Andrés presenta ante el emperador sus méritos de guerra y es elevado al grado de capitán (vv. 888-99). También el soldado Federico (*El amparo de los hombres*) tiene firmados unos «papeles» del general de campaña, el marqués de Pescara, que certifican su participación y méritos en la batalla de Pavía, donde ganó una bandera y donde cooperó en la captura del rey Francisco I de Francia. Con esos «papeles» aspiraba a ir a la corte a «pretender», es decir, a medrar y ser nombrado capitán. Sólo que su pobreza y falta de influencias le impidió «negociar» en ella su ascenso.

tan pobres como nací.  
(La reina Sevilla, vv. 1253-1275)

Fenómeno parecido ocurre en el episodio de La rueda de la Fortuna en que Heraclio (el hijo legítimo de la emperatriz Aureliana, ocultado en una aldea al cuidado de un campesino), enamorado de la esclava Mitelene, al conocer su origen (hija del rey de Persia), quiere marcharse a la guerra para ganar glorias militares y así hacerse merecedor de su amor. Heraclio desconoce su nobleza y se lamenta de haber nacido pobre y no poder acceder a ella: «Fuera un villano tu padre, / tu patria una pobre aldea, / tu sangre como la mía, / porque yo te mereciera...» (p. 14a). Pero tiene la posibilidad de llegar a la altura de la dama por méritos de guerra:

HERACLIO

pero si los propios hechos  
suelen suplir la nobleza  
a los ejércitos voy...  
No has de verme hasta que tenga  
ganadas por estas manos  
honra propia y fama eterna.  
Mis hazañas han de darme  
lo que a ti naturaleza,  
y acaso querrás entonces  
que tus favores merezca.

(p. 14a)

Insistimos: el hecho de que se trate de casos en que los jóvenes sean de sangre real (con ser enormemente significativo) no importa tanto; lo que hay que subrayar es que Mira, una vez más, puede estar defendiendo el hecho de que el acenso social se puede ganar con la honra de las armas y que no es cosa exclusiva de los nobles y, en todo caso, de los labradores ricos. Unimos a ello la idea de cómo Mira, en un momento en que ha decaído la función militar de la nobleza, aprovecha el teatro como un instrumento persuasivo, en el que se incita a los nobles a participar en las empresas bélicas de la monarquía, en circunstancias en que el rey necesitaba de su cooperación. Pero la nobleza empezó a desentenderse de una actividad que había sido su razón de ser y desoye las llamadas del monarca; por eso fracasa el intento del Conde Duque de Olivares de reavivar el espíritu combativo de la nobleza formando un ejército nacional, lo mismo que le ocurrió a don Luis de Haro que no encontró su apoyo para la defensa de Badajoz.

Así, pues, aunque los casos mencionados antes sean difíciles de extrapolar y hacer generales a todo el ámbito del siglo XVII, ni siquiera a toda la comedia barroca, sin embargo, no se han de pasar por alto; antes al contrario, dado que no son ejemplos que se deslizan involuntariamente, sino que se repiten de forma consciente son, creemos, la manifestación y la expresión de un espíritu que no se aviene del todo al sistema establecido. Y si bien es verdad que no podemos hablar de rebeldía, sí se intuye una cierta disconformidad. Como jurista, Mira se une a la posición que defiende la transmisión de cualidades por la sangre; pero desde una postura moral no deja de reconocer la nobleza basada en la virtud y en el mérito, en las cualidades personales y no heredadas.

Se hace eco, pues, de una controversia que estuvo llena de acritud en muchas de las voces que se levantaron contra la nobleza heredada y que, en el fondo, como advierte

Domínguez Ortiz, tenían su origen en el resentimiento de la nobleza de privilegio contra la de sangre que le discutía el acceso a sus prerrogativas y honores, y no entendía que hubiera prebendas que no se pudieran conseguir con el dinero.

Pese a todo, con ser muchos los textos en favor de una y otra posición, la teoría no influyó en la práctica pues nadie tomó en serio la nobleza de la virtud; nadie perdió su cualidad legal de noble por sus indignidades, ni nadie la alcanzó por sus propios méritos. Si alguno prestó honrosos servicios a la Corona y al rey y logró ennoblecerse fue más por voluntad real que por sus hechos. Había, pues, un sentir general que explica que, pese a las razones esgrimidas por los escritores, el pueblo sólo tuviera por auténticos nobles a los que eran de casta<sup>31</sup>.

---

<sup>31</sup>Véase Domínguez Ortiz, ob. cit. pp. 313 y 317.